

El lavado de los pies y su significado // Juan José Estévez

La acción de Jesús lavando los pies de sus discípulos

Jesús, consciente de que el Padre le había dado todas las cosas en sus manos y que había salido de Dios, se levantó durante la cena y comenzó a lavar los pies de sus discípulos, incluyendo a Simón Pedro, quien inicialmente se negó a recibir este acto de humildad. Pedro incluso pidió que Jesús no solo le lavara los pies, sino también las manos y la cabeza, pero Jesús le explicó que el que está limpio no necesita más que lavarse los pies, y que él ya los consideraba limpios, aunque no todos lo estaban. Tras lavarles los pies, Jesús les enseñó que ellos también debían servirse mutuamente, pues el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien lo envió. La imagen de Jesús arrodillado ante sus discípulos, limpiando sus pies, refleja un acto desconcertante de humildad y servicio, donde el Creador se postra ante los indignos para purificarlos del pecado.

El mensaje del evangelio de amor y servicio

El evangelio transmite un mensaje de amor y misericordia, donde Dios desciende a nuestro nivel para limpiarnos y nos invita a hacer lo mismo: servir a nuestros hermanos con humildad. Este acto de servicio no busca recibir adoración, sino reflejar el ejemplo de Jesús, quien vino a servir y no a ser servido. La postura de una persona ante Dios es clave, y

el propósito de su vida es aprender a servir con humildad, siguiendo el modelo de Cristo.

La diferencia entre dependencia propia y gracia divina

Existe una clara diferencia entre quien se sostiene a sí mismo y quien depende del amor y la gracia de Dios. Las bendiciones de Dios no son un intercambio o trueque, sino un regalo de su amor. Cuando se malinterpreta el evangelio, se puede buscar recibir bendiciones a cambio de servicio, pero en realidad, estas provienen de amar a Dios sin esperar nada. Lavar los pies de otros, como lo hizo Jesús, es un acto de humildad que libera del pecado y la culpa, y no un gesto de compasión superficial.

La humildad como vía para romper el pecado

La reacción de Pedro al recibir el lavado de pies ilustra cómo podemos resistirnos a la humildad. Jesús enseñó que es necesario permitir que Dios limpie nuestros pecados para poder estar limpios. La humildad y el servicio son el camino para romper el poder del pecado y la condenación. Jesús se humilló a sí mismo y asumió la forma de siervo, culminando con su muerte en la cruz, mostrando que el poder sobre el pecado se logra al asumir la humildad y servir a los demás.

El engaño del pecado y la redención mediante Cristo

El primer engaño de la serpiente en el Edén fue prometer a Adán y Eva que serían como Dios si desobedecían, generando el deseo humano de control y seguridad propia. Dios, sin embargo, se encarnó en Jesús para salvar a la humanidad y compartir su

divinidad con quienes creen en Él, brindando la capacidad de vencer al enemigo en la vida personal.

La victoria sobre el enemigo a través de Cristo

Vencer al enemigo requiere humillarse y permitir que Cristo viva en uno, lo que solo se logra mediante la comunión personal con Dios. Así como Jesús enfrentó su cruz, cada creyente debe afrontar sus propias luchas, confiando en Cristo para vencer al mundo y al pecado. La victoria no depende del conocimiento teológico, sino de la experiencia personal de vivir en comunión con Dios.

La importancia de la humildad en la vida espiritual

La victoria sobre los enemigos se obtiene a través de la gracia de Dios, no de la fuerza propia. Reconocer nuestras debilidades y aprender a humillarnos es fundamental para avanzar espiritualmente. Jesús es el modelo perfecto, ya que se humilló hasta la muerte en la cruz, mostrando que la humildad y la obediencia son esenciales para una vida espiritual fructífera.

La relación entre Cristo y el creyente

Estar en Cristo transforma la vida, ofreciendo beneficios reales más allá de la teoría. La humildad permite recibir las bendiciones de Dios y seguir el ejemplo de Jesús, quien se despojó de su gloria y se humilló para servir a la humanidad. Filipenses 2:5-11 describe esta actitud de humildad y servicio como modelo para los creyentes.

Las actitudes de Marta y María ante Jesús

Las hermanas Marta y María representan diferentes formas de acercarse a Jesús. Marta se enfocaba en el servicio para ser aceptada, mientras que María se acercaba con amor y gratitud, sin buscar aprobación. Jesús recibe a las personas por lo que son, no por lo que hacen, y estas actitudes muestran que la verdadera relación con Dios no depende de acciones externas, sino de la autenticidad del corazón.

La salvación mediante la fe en Cristo

Estar a los pies de Jesús, como María, representa humildad y entrega, mientras que estar de pie, como el fariseo, refleja orgullo. La relación con Dios no se basa en intercambio de obras por bendiciones, sino en conocer a Jesús, lo que justifica y salva al creyente. La fe genuina transforma la vida más allá de cualquier acción o logro humano.

La adoración genuina y la humildad ante Dios

La verdadera adoración implica postrarse a los pies de Jesús y buscar su presencia, como lo hizo María. No se trata de rituales o gestos vacíos, sino de una entrega sincera del corazón. Este acto permite recibir guía y dirección del Espíritu Santo, dando sentido y propósito a la vida espiritual.

La analogía de la vida espiritual

con un dispositivo tecnológico

La vida espiritual se compara con un teléfono celular: requiere recarga constante para funcionar correctamente. De igual manera, el creyente necesita la presencia de Dios para mantener su vitalidad espiritual. La unción del Espíritu Santo actúa como aceite en un motor, protegiendo y fortaleciendo la vida espiritual, evitando que se dañe por falta de comunión con Dios.

La humildad y obediencia como ejemplo de Cristo

La humildad se manifiesta en agacharse ante Jesús y obedecer, como lo hizo Él al lavar los pies de sus discípulos, incluso de Judas. La historia de María y Marta ilustra que la obediencia y la humildad acercan al creyente a Jesús, mientras que la rebeldía genera separación de Dios.

La comparación entre Marta y María en su relación con Jesús

Marta se mantuvo de pie y buscaba explicaciones intelectuales, mientras que María se postró a los pies de Jesús, demostrando sumisión y amor. La diferencia radica en la profundidad de la relación con Cristo: Marta comprendía desde la razón, María desde el corazón. Jesús respondió con compasión a María, evidenciando que la cercanía con Él depende de la disposición a humillarse y confiar plenamente.

El amor incondicional de Dios y su manifestación

Dios nos ama de manera incondicional, sin necesidad de que le devolvamos ese amor para que siga siendo perfecto. Este amor

se manifiesta en la vida de los creyentes y se ejemplifica en la entrega de Jesús, quien murió por la humanidad. Comprender este amor transforma la vida y nos permite amar y servir desde la gratitud y no desde la obligación.

El mandamiento del amor y la aceptación divina

Dios nos llama a amar como Él nos ama, sin condiciones ni expectativas. La aceptación divina no depende de nuestros logros, sino de nuestra identidad como hijos de Dios. María mostró esta comprensión, reconociendo que Dios la aceptaba por lo que era y no por lo que hacía.

La convicción del pecado y el arrepentimiento verdadero

El arrepentimiento genuino es obra del Espíritu Santo y surge al reconocer el pecado y buscar la gracia de Dios. No funciona cuando se actúa por miedo a la reprensión o por presión externa; debe nacer de la conciencia y del corazón.

La gracia de Dios en la debilidad

Pablo, en 2ª Corintios 12:7-9, enseñó que la gracia de Dios se perfecciona en la debilidad. El poder de Dios no depende de la fuerza humana, sino de reconocer nuestra vulnerabilidad y permitir que su fuerza fluya en nosotros. Cuanto más conscientes seamos de nuestra dependencia de Dios, más poderosa será su obra en nuestra vida.

La humildad como vía para superar

las tribulaciones

Dios nos mantiene en humildad para que confiemos en su poder en medio de la debilidad. Las tribulaciones permiten crecer espiritualmente y entrar en el reino de los cielos. Estar agachados, reconociendo nuestra dependencia de Dios, nos fortalece más que apoyarnos en nuestras propias fuerzas.

La victoria sobre el diablo mediante la humildad

Vencer al diablo requiere humillarse y confiar en Dios, tal como Jesús hizo al asumir la debilidad humana y resistir la tentación en el desierto. La verdadera fuerza surge cuando reconocemos nuestra necesidad de Cristo y permitimos que Él actúe a través de nosotros.

La experiencia de Pablo y Silas en la cárcel

Pablo y Silas fueron encarcelados y azotados, pero respondieron alabando a Dios, demostrando que la verdadera grandeza proviene de la relación con Jesús y no de la justicia propia. Su alabanza provocó la liberación milagrosa, mostrando que Dios está presente incluso en las circunstancias más adversas y que la fidelidad y la adoración genuina producen transformación.

La adoración y el amor a Jesús como prioridad

La adoración genuina implica postrarse ante Jesús y amarlo sin esperar recompensas. María Magdalena demostró esto al ofrecer un perfume valioso como símbolo de su amor, destacando que el amor y la adoración a Dios son más importantes que cualquier

trabajo o servicio.

El amor de Dios versus el amor propio

San Juan de la Cruz distingue entre el amor a Dios y el amor propio. El primero lleva a la salvación y transforma la vida, mientras que el segundo puede privar del amor divino y desviar el corazón. Amar a Dios por encima de uno mismo es la clave para una vida plena y centrada en Él.

La importancia de acercarse a Dios con amor

Jesús desea que estemos a sus pies, escuchando su voz y recibiendo su amor, en lugar de buscar atención a través de obras. El acercamiento genuino a Dios debe surgir del amor y la disposición a vivir en él, permitiendo que su iniciativa transforme nuestra vida.

La identidad como hijos de Dios

Nuestra identidad como hijos de Dios es el mayor honor y la base de nuestra vida espiritual. No necesitamos títulos, reconocimientos o logros para ser valiosos ante Él. Ser hijo de Dios nos garantiza aceptación, amor y propósito, y es suficiente para vivir con confianza y gratitud.

La oración y la búsqueda de la presencia de Dios

La oración es un medio para acercarse a Dios, conocerle verdaderamente y experimentar su amor y guía. Postrarse a sus pies permite encontrar descanso, paz y dirección, y nos ayuda a mantenernos en comunión constante con el Padre, reconociendo

nuestra dependencia y confiando en su poder transformador.